

“Conmigo aprenderás a amar de verdad” (Domingo 7º T.O.)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Lc 6,27-38

EN AQUEL TIEMPO, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁷ a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian,

²⁸ bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.

²⁹ Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica.

³⁰ A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

³¹ Tratad a los demás como queréis que ellos os traten.

³² Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que les aman.

³³ Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo.

³⁴ Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo.

³⁵ Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos.

³⁶ Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.

³⁷ No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados.

³⁸ dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros.

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

La página del evangelio de hoy es continuación inmediata de la del domingo pasado, es decir continuación de las bienaventuranzas y mala venturanzas. Jesús se dirige a sus discípulos, «**a los que escucháis**» (v. 27), o sea a los pobres y perseguidos que

acaba de proclamar dichosos en Lc 6,20-23: **“Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre”** (6,22).

El evangelio de este domingo nos brinda un mensaje importante, dado que nos habla de lo que es específico del cristiano: **el amor a los enemigos**. Jesús pide a sus discípulos no sólo que soporten a sus enemigos y se muestren pacientes con ellos, sino incluso que los amen. De este modo, Jesús, como maestro y guía, se destaca frente a todos los demás rabinos de su tiempo: no sólo contrapone el amor al odio, sino que exige que el amor de sus discípulos se concrete precisamente en quienes les odian.

Ante la oposición de un enemigo, nuestra reacción espontánea es la de responder con una oposición parecida, o a veces hasta más virulenta, ya que la respuesta está motivada por una supuesta búsqueda de justicia, pero que en realidad se trata de la pura venganza. Jesús, en cambio, nos propone algo radical: **«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian»**. En consecuencia, no nos pide sólo que mostremos afecto, sentimiento para con nuestros enemigos, sino una disposición concreta a hacerles el bien, es decir, un amor efectivo, algo todavía más difícil. No se trata, obviamente, de un amor abstracto, sino de un amor que se traduce en un montón de pequeños gestos que, día a día, interpelan y verifican la autenticidad de ese mismo amor. Para Jesús sería ridículo amar sólo a los que nos aman: no tendríamos mérito alguno, sobre todo, nuestro amor no sería signo distintivo de nuestra exclusiva e inequívoca pertenencia a Cristo, porque **«también los pecadores aman a quienes los aman»** (v. 32).

Jesús prosigue diciendo: **«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»**. La cualidad característica de Dios es su misericordia. Para Pablo, él es **“Padre compasivo y Dios de todo consuelo”** (2Cor 1,3). Y Santiago dice: **«El Señor es rico en misericordia y compasión»** (Sant 5,11). Nuestro Padre del cielo tiene una compasión infinita: ama a los pecadores, busca su bien; no busca hacer prevalecer su propio poder en sus corazones, sino su propio amor. Dios no es severo y duro con los necesitados, con los débiles, con los pecadores. Se compadece de ellos, les trata con bondad, les ayuda, les perdona, les levanta de su postración. Los que escuchan a Jesús han de comportarse según el modelo de Dios: **«Sed misericordiosos...»** (6,36). Quien se comporta siguiendo el ejemplo del Padre, respondiendo al mal con el bien, se manifiesta como auténtico hijo y cada vez estará más unido al Padre.

HABLA CON DIOS (REZA)

El Padre que nos ha revelado Jesús no nos ama porque seamos buenos, o porque hagamos su voluntad y practiquemos la virtud, ni deja de amarnos porque seamos malos y desobedezcamos su voluntad. Simplemente, nos ama porque Él es BUENO, nos ama, porque no puede hacer otra cosa, dado que es Amor (1 Jn 4,8.16), y Amor gratuito, incondicionado. Para nuestra fe resulta decisivo cultivar esta imagen de

Dios, ya que condicionará para siempre nuestras relaciones con los otros: llegar a amar hasta el extremo, como Jesús.

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

Lecturas del Domingo 7º del tiempo ordinario

1Sam 26,2. 7-9. 12-13. 22-23

En aquellos días, Saúl emprendió la bajada al desierto de Zif, llevando tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David allí. David y Abisay llegaron de noche junto a la tropa. Saúl dormía, acostado en el cercado, con la lanza hincada en tierra a la cabecera. Abner y la tropa dormían en torno a él. Abisay dijo a David: «Dios pone hoy al enemigo en tu mano. Déjame que lo clave de un golpe con la lanza en la tierra. No tendré que repetir». David respondió: «No acabes con él, pues ¿quién ha extendido su mano contra el ungido del Señor y ha quedado impune?» David cogió la lanza y el jarro de agua de la cabecera de Saúl, y se marcharon. Nadie los vio, ni se dio cuenta, ni se despertó. Todos dormían, porque el Señor había hecho caer sobre ellos un sueño profundo. David cruzó al otro lado y se puso en pie sobre la cima de la montaña, lejos, manteniendo una gran distancia entre ellos, y gritó: «Aquí está la lanza del rey. Venga por ella uno de sus servidores. Y que el Señor pague a cada uno según su justicia y su fidelidad. Él te ha entregado hoy en mi poder, pero yo no he querido extender mi mano contra el ungido del Señor».

El Antiguo Testamento nos introduce por el camino del amor al enemigo, aunque, como es natural, de un modo menos claro y vigoroso que el de Jesús. Se nos muestra la victoria de David contra un deseo de venganza, un deseo que parecía justificado. Saúl le perseguía para matarle, aunque David no le había hecho nada malo: sólo había tenido más éxito que él; y esto suscitó la envidia de Saúl, hasta el punto de considerarlo un rival al eliminar. Lo más fácil para David era haber matado a Saúl cuando tuvo la oportunidad en sus manos, pero renunció por inspiración divina a esta venganza y se confió al Señor.

Salmo 102 El Señor es compasivo y misericordioso. **R**

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa, y te colma de gracia y de ternura. R

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. R

Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen. R

Hermanos: El primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante. Pero no fue primero lo espiritual, sino primero lo material y después lo espiritual. El primer hombre, que proviene de la tierra, es terrenal; el segundo hombre es del cielo. Como el hombre terrenal, así son los de la tierra; como el celestial, así son los del cielo. Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL (D. Bonhoeffer, Memoria y fidelidad)

Mirad por qué camino va Dios hacia los hombres, hacia sus enemigos. Es el camino que la misma Escritura llama necesidad, el camino del amor hasta la cruz. Reconocer la cruz de Jesucristo como el invencible amor de Dios a todos los hombres, tanto a nosotros como a nuestros enemigos: ésta es la mayor sabiduría. ¿O creemos que Dios nos ama a nosotros más que a nuestros enemigos? ¿Acaso nos creemos los benjamines de Dios? La cruz no es propiedad privada de nadie: pertenece a todos los hombres, tiene valor para todos. Dios ama a nuestros enemigos -eso es lo que significa la cruz-, por ellos sufre, por ellos conoce la miseria y el dolor, por ellos ha dado a su Hijo amado. Por eso tiene una importancia capital que ante cualquier enemigo que nos encontremos, pensemos de inmediato: Dios le ama, lo ha dado todo por él. También tú, ahora, dale lo que tengas: pan, si tiene hambre; agua, si tiene sed; ayuda, si está débil; bendición, misericordia, amor. ¿Pero lo merece? Sí. En efecto, ¿quién merece ser amado?, ¿quién necesita nuestro amor más que aquel que odia?, ¿quién es más pobre que él?, ¿quién está más necesitado de ayuda, quién está más necesitado de amor que tu enemigo?

¿Has probado alguna vez a considerar a tu enemigo como alguien que, en el fondo, está delante de ti en su extrema pobreza y te ruega, sin poder dar voz a su ruego?: «Ayúdame, dame lo único que todavía me puede ayudar a liberarme de mi odio, dame el amor, el amor de Dios, el amor del Salvador crucificado» Todas las amenazas, todos los puños tendidos son, en definitiva, mendigar el amor de Dios, la paz, la fraternidad. Cuando rechazas a tu enemigo, rechazas al más pobre de los pobres, le echas a la calle [...]. La brasa de carbón quema y hace daño cuando te toca. También el amor puede quemar y hacer daño. Nos enseña a reconocer qué miserables somos. Es el dolor ardiente del arrepentimiento el que hace sentir en aquel que, a pesar del odio y de las amenazas, encuentra sólo amor, nada más que amor. Dios nos ha hecho conocer este dolor. Cuando lo hayamos experimentado, ya está, ha sonado la hora de la conversión.